

Mi querido poeta*

Por Martín Prieto

“Los ardientes veranos iba yo a pasarlos a Asturias, a Dieppe, y alguna vez a Bretaña. En Dieppe pasé alguna temporada en compañía del notable escritor argentino que ha encontrado su vía en la propaganda del hispano-americanismo frente al peligro yankee, Manuel Ugarte. En Bretaña pasé con el poeta Ricardo Rojas horas de intelectualidad y de cordialidad en una *villa* llamada La Pagode, donde nos hospedaba un conde ocultista y endemoniado, que tenía la cara de Mefistófeles. Ricardo Rojas y yo hemos escrito sobre esos días extraordinarios, sobre nuestra visita al Manoir de Boulτους, morada del maestro de las imágenes y príncipe de los tropos, de las analogías y de las armonías verbales, Saint-Pol-Roux, antes llamado el Magnífico”.

Rubén Darío, *Autobiografía*.

El poeta platense Horacio Castillo¹ reseña, detalladamente, los orígenes de la amistad entre Ricardo Rojas y Rubén Darío, que siguen la cronología de los tres primeros cantos de la famosa “Epístola” dedicada “a la señora de Leopoldo Lugones”, firmada por Darío en 1906, y publicada al año siguiente en *El canto errante*, que comienza con la llegada del poeta a Río de Janeiro en julio de ese año, su enfermedad, su imprevisto viaje, convaleciente, a “nuestra ciudad de Buenos Aires”, donde, pese a su estado, sus viejos compañeros del diario *La Nación* lo reciben con un glorioso banquete en el Restaurant Luzio, San Martín 101, esquina Bartolomé Mitre, a la vuelta de la redacción del diario:

 Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,
 y el banquete de *La Nación* que fue estupendo,
 y mis viejas seringas con su pánico estruendo,
 y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,
 y el milagro de gracia que brota en la mujer
 argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,
 me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.²

Darío se aloja en el Grand Hotel, de Florida y Rivadavia, recibe visitas de sus amigos, los de su estancia en Buenos Aires entre 1893 y 1898, y de nuevos admiradores. Del banquete mentado en la “Epístola” participó el joven Ricardo Rojas, de 23 años, con un solo libro publicado, *La victoria del hombre*, de 1903, y asiduo —y precoz— colaborador del diario *La Nación*. En la oportunidad, Rojas leyó una “Salutación” —“Ave, Rubén! Te saludamos / de corazón y de alma te cantamos”— firmada en “Buenos Aires,

¹ Castillo, Horacio, *Darío y Rojas. Una relación fraternal*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 2002.

² Darío, Rubén, *Poesía*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

banquete de 1905” e impregnada, como bien dice Castillo, “de la retórica del nicaragüense”. ¿Pero qué cosa que se escribiera en esos años en castellano no lo estaba, en mayor o menor medida? El poema fue incluido más tarde en su libro *Los lises del blasón*, bajo el título “Toast”.

Darío, que retrasaba la vuelta a Europa por su persistente mala salud, el tiempo que no ocupaba en escribir —y escribir, para Darío, era trabajar— lo ocupaba en hacer relaciones públicas que eran las que, finalmente, valorizarían sus escritos y su figura en el mercado. Es significativa la historia que recupera Castillo: cuando Enrique García Velloso, en esa misma parada de Darío en Buenos Aires, va a visitar al poeta convaleciente al hotel, encuentra un papel con unos versos todavía no publicados (y por lo tanto todavía no vendidos), le pregunta a su autor si se los puede llevar, y Darío: “No olvides que eso es plata”³. Pero las relaciones públicas, que muchas veces eran también relaciones de amistad, no sólo afincaban en mecenas, dueños de diarios y políticos con los que más tarde negociaría, siempre desventajosamente, como cualquier trabajador, corresponsalías, precios de colaboraciones y hasta consulados, sino también, y con la misma dedicación e intensidad, en compañeros de redacciones, de trasnoches, de bohemia y en sus jóvenes discípulos a quienes proponía, según revelan muchos testimonios, un trato igualitario, convirtiéndose en muchos casos, en seguidor de sus seguidores. Y si Rojas le regala un ejemplar de *La victoria del hombre* y le escribe una “Salutación”, no tarda nada Darío en enviarle a su casa un ejemplar autografiado de *Cantos de vida y esperanza* llamándolo “Mi querido poeta”, acompañado por un poema de ocasión:

Al excelso poeta que dedicó el destino
a decir la postrera mirada de mi sino,
y si no la postrera, la que vendrá en seguida
del instante más alto y enorme de mi vida:
y a quien, sabiendo ser intérprete supremo
de los rayos del Sol en que mi mirra quemó,
me ha ofrecido en su verbo vibrante y misterioso
sus revuelos de cóndor, su aliento de coloso.

Darío, enfermo aun, se va finalmente el 31 de agosto a Europa, a París primero, a España después, y empieza a preparar, para cumplir un contrato, la edición de *El canto errante*, empresa para la que le pide a su nuevo joven seguidor que rastree algunos poemas publicados en Buenos Aires, o regalados a sus amigos. Rojas cumple la misión, para la que cuenta, además, con la ayuda del mendocino Evar Méndez, hace poco llegado

³ Originalmente en Napolitano, Leonardo F., “Evocando figuras del pasado literario”, *La Quincena Social*, Mendoza, números 678 y 679, 15 y 30 de octubre de 1947.

a Buenos Aires desde su provincia, y autodefinido como “coleccionista de composiciones del maestro”⁴, de Eugenio Díaz Romero, de Emilio Becher y de su propio archivo pues, como le cuenta en una carta a Darío,

Vivía yo en mi provincia, y copiaba o recortaba en un cuaderno los versos que me parecían buenos. Tenía entonces quince años.⁵

En el envío, Rojas cuela una copia del poema que Darío le había dedicado y que este, sin embargo, no incluye en el libro de 1907. Un raro inédito, prueba de una amistad de corto alcance en el tiempo, pero de cierta relevancia en la historia de la literatura argentina.

*Fragmento de un ensayo en curso, *La gare de Montparnasse en la historia de la literatura argentina*.

Martín Prieto (Rosario, Argentina, 1961) es novelista, poeta y ensayista. Es profesor de Literatura argentina en la Universidad Nacional de Rosario. Ha formado parte del consejo de redacción de *Diario de poesía* y fue director del Centro cultural Parque España en Rosario. Dirigió el proyecto de la expedición fluvial Buenos Aires-Asunción del Paraguay, que dio como resultado un libro interdisciplinario *Paraná ra'Anga. Un viaje filosófico* (2012). Tiene publicados los libros de poesía *Verde y Blanco* (1988), *La música antes* (1995), *La fragancia de una planta de maíz* (1998), *Baja presión* (2004), *Los temas de peso* (2009) y *Natural* (2014). Publicó poemas en los volúmenes colectivos *Poesía de Cuarta* (1980) y *Con uno basta* (1982), y una novela, *Calle de las Escuelas número 13* (1999). Como ensayista es fundamental su *Breve historia de la literatura argentina* (2006).

⁴ Méndez, Evar, “Ante una nueva edición de *El canto errante*”, *Noticias literarias*, 1924, citado por Martín Greco en “Entre el modernismo y las vanguardias. Evar Méndez (1885-1955)”, Rosario, *Badebec* número 4, marzo de 2013, http://www.badebec.org/badebec_4/sitio/pdf/Greco.pdf

⁵ Ver Sáinz de Medrano, Luis, “Ricardo Rojas y *El canto errante*”, *Anales de literatura hispanoamericana* número 27, 1998.